

SER ECONOMISTA EN CHILE HOY

Mario Marcel

Clapes UC: "Economistas celebran a Mario Marcel", 11 de enero de 2022

Estimados amigos y amigas; colegas economistas; maestros y alumnos; coautores, polemistas, compañeros y compañeras de ruta,

Quiero partir dando las gracias a los organizadores y dueños de casa –David Bravo, Sergio Urzúa, Felipe Larraín—así como a quienes nos han acompañado de modo presencial o telemático en este evento, para mí inesperado, que me honra, me compromete y sobre todo me conflictúa, dado el tiempo que he dedicado a valorar las instituciones, más allá de las personas que las lideran.

Agradezco especialmente a quienes han hecho el uso de la palabra, citando anécdotas, datos profesionales y biográficos, experiencias compartidas. En esta hora y fracción, ustedes me han ayudado a volver sobre un camino que se extiende ya por 43 años, desde que comencé a ejercer esta profesión como ayudante de investigación en CIEPLAN. Llegué ahí siendo estudiante de segundo año de ingeniería comercial, atraído por un pequeño anuncio clavado en un diario mural de la entonces Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Chile.

René Cortázar fue quien me entrevistó en esa oportunidad y Pato Meller fue mi primer jefe. Cuento éste como el comienzo de mi carrera profesional no solo porque fuera mi primer empleo remunerado haciendo economía, sino porque me permitió vislumbrar las insospechadas proyecciones de esta carrera y exigencias que ello involucraba. Siempre estaré agradecido de René, Pato y el resto del equipo de CIEPLAN por eso.

El camino que entonces empecé a recorrer espero que este aún lejos de llegar a su fin, pero hasta aquí me ha llevado a muchos temas, lugares e instituciones, bastante más de lo habitual para un economista promedio. También me ha permitido encontrar muchas personas, algunas de ellas aquí presentes, de las cuales he aprendido buena parte de lo que sé. Es sabido que yo no soy especialmente sociable, pero si soy buen observador y escuchador, por lo que les puedo asegurar que he ido reteniendo mucho de lo que aprendí de cada uno de ustedes en distintas etapas de la vida.

Por supuesto que este camino no lo he recorrido solo, por lo que, antes de seguir, quisiera agradecer a mi familia por su compañía, paciencia, tolerancia y espíritu crítico –esto último especialmente de Pamela-- a lo largo de estos años.

La enrevesada trayectoria que he seguido en mi vida profesional me ha permitido aplicar muchas de esas cosas que fui aprendiendo en el camino. De Alejandro Foxley, por ejemplo, aprendí algo que me ha servido toda mi trayectoria en funciones públicas, cual es, adelantarse a los acontecimientos, sin esperar a que la fuerza de los hechos nos obligue a responder con urgencia e improvisación. Ese principio me ha ayudado a orientar muchas iniciativas y proyectos a lo largo de los años.

Por eso, junto con agradecer a los organizadores y panelistas, quiero reconocer a todos aquellos, presentes o ausentes, que me entregaron ideas, valores, actitudes e instrumentos que he tenido la suerte de poder aplicar, aún en contextos muy diferentes. Entre los ausentes quiero mencionar

especialmente a tres amigos y colegas que partieron demasiado temprano: Mauricio Ponce, compañero de mi primera aventura de vida independiente; Jaime Crispi, compañero de proyectos y divagaciones en políticas públicas, y Claudia Sepúlveda, mi compañera de estudios en los cinco años en la U, que nos dejó hace sólo unos meses.

Este evento fue convocado como un homenaje entre colegas de una profesión que en las últimas cuatro décadas ha pasado por períodos muy diferentes en Chile. En este tiempo, los economistas han conocido el poder casi absoluto, así como la estigmatización y la descalificación, con muchos estadios intermedios. Hemos sido héroes y villanos; hemos afectado la vida de millones de personas; hemos creado y facilitado proyectos e ilusiones, pero también frustrado otros tantos; nuestras opiniones han sido buscadas y citadas para sazonar debates y hemos protagonizado grandes polémicas. Hemos hecho de todo, salvo pasar desapercibidos.

Por eso, en esta oportunidad quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones respecto a lo que, a mi entender, significa ser economista en Chile, un país literalmente emergente, de ingreso medio-alto, que ha sido objeto de experimentos, que ha albergado profundos conflictos, que aspira a grandes cosas, pero que arrastra injusticias, contradicciones, culpas y dudas. En esta reflexión no quiero sólo mirar nuestra experiencia pasada, sino también los nuevos desafíos que hoy emergen, que alimentan la ya larga lista de cosas por hacer.

Me parece indiscutible que la preeminencia de los economistas —positiva o negativa— se explica por la fuerte relación que ha existido entre economía y políticas públicas desde el origen de esta disciplina. No en vano, la Economía fue primero economía política y surgió de las llamadas ciencias morales. Aunque los primeros escritos de los clásicos, como Adam Smith y David Ricardo, buscaban explicar las leyes que guiaban el funcionamiento de la economía, contenían numerosos juicios respecto de regulaciones y normas que, a su entender, distorsionaban la operación de esas leyes. De ahí en adelante, los economistas nunca abandonaron una preocupación central por la política económica, fuera para abogar por la eliminación de interferencias al libre funcionamiento de los mercados o para restringir, orientar o reemplazar su rol.

Recuerdo que, en mis primeros años como estudiante de economía, el profesor Andrés Sanfuentes nos dijo, con su conocida ironía, que todos estudiábamos como si fuéramos a ser ministros de Hacienda, cuando en realidad la enorme mayoría lo haría en otras tareas, asesorando empresas, en instituciones financieras, o realizando actividad académica. Siendo esto estadísticamente indiscutible, sin embargo, tanto en nuestra formación como en el ejercicio de la profesión, las políticas públicas son siempre un referente central para las y los economistas, desde donde quiera que ejerzan su oficio.

No se trata solo de que muchos economistas estén dedicados a formular, implementar, evaluar o analizar políticas públicas. Parte importante del trabajo académico está motivado por y concluye con implicancias de política. Del mismo modo, las regulaciones y el entorno económico son un referente y un blanco de críticas para muchos economistas que trabajan desde el mundo de la empresa, las finanzas y la administración pública. Y por si todo esto fallara, siempre existirá alguien que busque nuestra opinión profesional sobre las últimas medidas del gobierno o del Banco Central.

Esta relación estrecha entre economía y políticas públicas nos da una especial influencia, pero también involucra grandes responsabilidades.

Parte de esa influencia tiene que ver con comunicar limitaciones, explicar que ciertas cosas no son posibles, por sus costos, inconsistencias o efectos secundarios. Aunque la descripción de la economía como una “ciencia lúgubre” (*dismal science*) se acuñó en un contexto algo distinto –en relación a las predicciones de Malthus sobre la autorregulación del crecimiento de la población– también se podría aplicar al hecho de que los economistas somos muchas veces portadores de malas noticias; quienes cortan la música de la fiesta, en la conocida metáfora de Vittorio Corbo. Esto no nos vuelve especialmente populares y, por lo tanto, invita a la ilusión de que, si se dejara a los economistas y sus advertencias de lado, muchas más cosas podrían hacerse.

Los límites que vemos los economistas no se refieren exclusivamente a una cuestión de recursos. Tienen que ver con interdependencias, externalidades, consistencia intertemporal. Los economistas acostumbramos a tener en nuestra mente una suerte de modelo de equilibrio general, donde las cosas no ocurren aisladamente, sino que generalmente tienen sustanciales efectos colaterales, por uso alternativo de los recursos, derivaciones contraproducentes o precedentes difíciles de contener. Ser consciente de estas limitaciones puede ser considerado una ventaja, pero involucra también un gran riesgo, pues interpretado estáticamente puede ser una receta para el inmovilismo, como muchas veces nos ha enrostrado Claudia Sanhueza en sus columnas de opinión.

En mi opinión, tomarse en serio los límites implica entender su origen, a partir de lo cual podemos identificar cómo éstos se pueden estrechar o ampliar. Por otro lado, los límites hablan también de interdependencias, lo que significa que cuando algo no se puede hacer, debería ser para permitir que ocurran otras cosas aún más importantes.

Esa fue en buena medida mi experiencia en la Dirección de Presupuestos durante el Gobierno del Presidente Ricardo Lagos. Es cierto que con Nicolás Eyzaguirre tuvimos que decir que no a muchas cosas, pero la acumulación de esos “no” permitió grandes “sí” para reformas y programas que demandaban muchos recursos, como la Reforma Procesal Penal, el Plan Auge o Chile Solidario. En esa época también buscamos generar precedentes positivos, medidas pensadas para ser repetidas, imitadas, adaptadas y que continúan hasta el día de hoy, como los protocolos presupuestarios. Y si hablamos de los grandes ahorros en época de abundancia, ¿Qué justificación más evidente que el haberlos podido utilizar para apoyar masivamente a los hogares chilenos durante la pandemia del Covid-19?

En otras palabras, quedarse en los límites estáticos, aislados, dogmatizados, hablan de un ejercicio arrogante y poco creativo de nuestra profesión. Ser guardianes de los límites nos puede dar poder, pero ese poder puede ser también retrógrado y destructivo. Si nuestra profesión nos entrega herramientas para identificar y comprender límites, también nos debería capacitar para explicar cómo éstos pueden cambiar y contribuir a hacerlo. Quizás algo de este tipo tuvo en mente John Maynard Keynes cuando dijo que “sería espléndido si los economistas se las pudieran arreglar para ser vistos como personas humildes y competentes al mismo nivel que los dentistas”.

Algunas de nuestras responsabilidades dicen relación con que buena parte de la economía trata con el comportamiento humano. Para entenderlo, modelarlo y aplicarlo, el pensamiento económico ha recurrido a inevitables abstracciones y generalizaciones. La más común de ellas es lo que llamamos racionalidad económica, esto es, la idea de que las personas en sus decisiones ponderan rigurosamente beneficios y costos, en función de sus preferencias individuales y resuelven con sujeción a diversas restricciones –información, tiempo, liquidez o regulaciones.

Al tratar con el comportamiento humano, sin embargo, la economía se topa inevitablemente con otras disciplinas que abordan dicha materia y, al mismo tiempo, se hace responsable de las consecuencias que las políticas alimentadas por este análisis tienen sobre las propias personas.

El pensamiento económico del último medio siglo ha reconocido en buena medida las limitaciones de la racionalidad económica tradicional para explicar el comportamiento individual, así como las dificultades para agregar preferencias y decisiones individuales. Como producto de ello, la teoría ha tratado incesantemente de expandir la capacidad para entender y representar el comportamiento humano en las decisiones económicas. No en vano, el trabajo desarrollado en torno a expectativas racionales, la teoría de juegos, la geografía económica, la economía de las instituciones, la nueva economía política, la economía del comportamiento y los experimentos naturales acaparan buena parte de los Premios Nobel de Economía de las últimas décadas.

Aun así, la racionalidad económica sigue dominando nuestra forma de ver el mundo. Quizás la razón sea la dificultad para formalizar y aplicar otras formas de modelar el comportamiento humano. Sin embargo, creo que también incide nuestra incapacidad para reconocer que al pedir prestados conceptos de otras disciplinas —la lógica, la psicología, la sociología, el derecho, la ciencia política, la educación o la neurociencia— no basta con ponerles el apellido de “económico” para dominarlas plenamente y que más productivo que apropiarse de ellos puede ser desarrollar un trabajo realmente interdisciplinario, donde los economistas seamos capaces de trabajar codo a codo con otros especialistas.

Mi experiencia a este respecto ha sido indefectiblemente positiva. Desde el trabajo con abogados y parlamentarios al legislar sobre temas económicos, hasta la preparación de grandes reformas sociales y la conformación de equipos multidisciplinarios para elaborar estudios sobre desarrollo territorial, siempre he encontrado sinergias que conducen a mejores decisiones, oportunidades de aprendizaje y reflexión. Ello nos enseña también a ser más humildes, recordándonos que los economistas no somos poseedores de la verdad ni los únicos preocupados de la rigurosidad conceptual y de la evidencia cuantitativa, lo que no impide que podamos aportar un pedazo de ella, lo que también puede ser valioso para otras disciplinas.

Son tantas mis buenas experiencias de trabajo multidisciplinario, que me cuesta seleccionar ejemplos, pero me arriesgo con tres: la Jornada Escolar Completa, donde reconocimos la importancia del tiempo para el aprendizaje escolar y los recursos que ello demandaría; el paper sobre gestión pública que escribimos con Carolina Tohá, aquí presente, para CIEPLAN a fines de los 90 y que trajo a la realidad chilena la pregunta de cómo transformar a los usuarios de servicios públicos de súbditos en ciudadanos, y el intenso diálogo con epidemiólogos que nos permitió comprender el impacto de la pandemia del Covid-19 sobre la evolución de la economía en los últimos dos años. En todos estos casos, los economistas nos ubicamos no por sobre, sino en el mismo nivel de otras disciplinas, para producir reformas, estrategias y medidas que permitieran enfrentar problemas de gran relevancia en el país.

Por esta razón, quiero agradecer a los abogados, educadores, médicos, científicos políticos, periodistas, urbanistas, sociólogos, con los que he tenido el privilegio de encontrarme a lo largo de más de cuatro décadas. Aquellos que tuvieron la paciencia para resistir los prejuicios economicistas y hacerme comprender que había un mundo rico en pensamiento, rigurosidad, experiencia y evidencia fuera de la economía y no necesariamente contrario a ella.

Pero trabajar con comportamiento humano involucra desafíos que van más allá de la interdisciplinariedad, porque mientras tratamos de formalizar los condicionantes de ese comportamiento, también tomamos decisiones que afectan directamente a las mismas personas.

Al presentar las actividades del Banco Central en materia de educación financiera, muchas veces he recordado que gran parte de las decisiones que mueven a la economía no son ni de empresas ni bancos ni fondos de inversión, sino de personas y hogares. Es así como tres cuartas partes de la demanda interna corresponde a consumo de los hogares, quienes al mismo tiempo efectúan el 40% del ahorro nacional y representan más de la mitad de los pasivos bancarios. Entregar la información y las herramientas para que esos hogares tomen buenas decisiones económicas no sólo contribuye a que los mercados sean más eficientes, sino a reconocer la importancia de las decisiones de esos hogares, así como el impacto de la política económica sobre su bienestar.

En estas circunstancias, que los economistas nos intereseamos en el bienestar de la ciudadanía no es una expresión de lo que Carlos Peña ha llamado “buenismo”, sino que debería ser parte central de nuestra formación y actuación. Esto requiere, sin embargo, ir más allá de las intuiciones o abstracciones, para generar información, mecanismos de comunicación y un lenguaje en el que seamos capaces de podernos entender. Esto es necesario porque promover el interés general sobre los intereses particulares, como muchas veces intentamos hacer, implica un esfuerzo serio, sistemático y generoso para conocer qué es lo que forma parte de dicho bienestar general y cómo lo entiende la gente. Un buen ejemplo de esto es la referencia al “costo de la vida”, que fue común en la época del estallido social. A muchos esto nos desconcertó, dado que en aquel momento la inflación se ubicaba por debajo del 3%, pero investigado más a fondo, nos dimos cuenta que, por costo de la vida, la gente entendía mucho más que la variación del IPC, para incluir la carga financiera, los gastos en educación y salud y otros factores que reducen el ingreso disponible para gastos habituales.

Es paradójal que hayan sido los bancos centrales, posiblemente las instituciones más herméticas y crípticas de todas, las que hayan liderado el esfuerzo por incorporar sistemáticamente las comunicaciones en su trabajo en los últimos años. Creo que esto se explica porque el capital más importante de los bancos centrales no es su patrimonio ni su profesionalismo, sino la confianza del público. En el caso de nuestro Banco Central, esto se refleja no sólo en el esfuerzo por comunicar mejor las decisiones de política monetaria, sino también en la realización de la Encuesta Financiera de Hogares, el Informe de Percepciones de Negocios y el apoyo a las encuestas de sentimientos económicos.

Quiero reconocer a quienes desde el Banco Central tuvieron la visión para poner en marcha estos esfuerzos, representados en esta reunión por Vittorio Corbo, Rodrigo Vergara y Manuel Marfán. En los últimos años, la valoración de la comunicación para el trabajo del Banco Central se ha fortalecido, traduciéndose en un esfuerzo sistemático por simplificar el lenguaje de nuestros informes, generar productos comunicacionales dirigidos a distintos tipos de público, intensificar el diálogo con actores regionales y sociales y usar proactivamente las redes sociales.

Los tiempos actuales involucran desafíos adicionales en esta dirección. En la era de las comunicaciones instantáneas y las redes sociales, la única forma de mantener la confianza en las instituciones es ser capaces de escuchar y explicar. Hoy ya no se puede justificar una medida económica argumentando que “la autoridad consideró todos los antecedentes y tomó sus

decisiones". Si no podemos explicar por qué se decidió algo y por qué no se podía hacer otra cosa, quizás no lo deberíamos haber hecho en primer lugar.

A este desafío actual agrego otros dos, en una perspectiva de futuro.

Primero, el potencial que representa el acceso a grandes volúmenes de datos y capacidad para procesarlos. A estas alturas, las bases de datos administrativos han acumulado suficiente trayectoria y calidad en Chile como para ser una fuente fiable de información sobre materias que hasta hace poco sólo podíamos seguir a nivel de agregados, promedios y encuestas. La Big Data provee volúmenes aún mayores y de mayor frecuencia de datos e información cualitativa que pueden ser usados para indagar temas sobre los cuales hasta hace poco sólo podíamos teorizar. El aumento de la capacidad de procesamiento y la inteligencia artificial, por su parte, multiplican las posibilidades de análisis de estos datos. Esta conjunción de factores proporciona una oportunidad única para aumentar la granularidad del análisis económico, cuantificar las dimensiones de la desigualdad y la diversidad en la economía y profundizar sobre los fundamentos microeconómicos de la macroeconomía. Aprovechar este potencial puede cambiar significativamente nuestra forma de entender la economía, calibrar y evaluar el impacto de las políticas públicas, pero además nos puede llevar a entender la economía a una escala más humana.

Un segundo desafío es introducir la dimensión ambiental en nuestra modelación de la economía. Aunque prácticamente desde el origen de la formalización de las funciones de producción los economistas han hecho referencia a recursos naturales en el concepto de "tierra", este factor se fue quedando atrás en el desarrollo teórico y empírico, probablemente por las dificultades analíticas que significaba incluir un factor de producción que se concebía como de oferta fija. Por su parte, el medio ambiente y los recursos naturales hace ya tiempo que resienten el impacto de la producción masiva y han dejado de ser considerados un mero insumo del proceso productivo, para ser vistos más bien como capital intergeneracional en evidente proceso de degradación. El gran desafío para los economistas en los próximos años será medir ese capital natural e incorporarlo al análisis económico, conociendo los verdaderos costos de producir y consumir, generando regulaciones e incentivos que aseguren que el uso, la preservación o la recuperación de ese capital natural responda a las preferencias de la ciudadanía y al interés de generaciones venideras.

Queridas amigas y amigos,

Este breve recorrido por lo que para mí ha significado ser economista en el Chile de los últimos cuatro decenios y lo que considero algunos de los desafíos inmediatos para nuestro oficio, lo he hecho no sólo porque a esta altura de la vida y del ejercicio de esta profesión, uno debería ser capaz de extraer lecciones de su experiencia, sino porque creo que tiene algo que ver con este encuentro.

Este fue convocado como un homenaje que me hacen mis colegas economistas. Cuando David Bravo me llamó para contarme, me pregunté, ¿Por qué a mí? Después de todo, de quienes nos encontramos en esta sala no soy el más antiguo ni con más trayectoria; no soy el que más sabe de macro, de política monetaria, de econometría o de finanzas; estoy lejos de ser el más citado en publicaciones académicas; estudié en Cambridge, pero no llegué a obtener el doctorado porque preferí volver a Chile para incorporarme a la recuperación y construcción de la democracia a fines de los 80.

Entonces es posible que este homenaje tenga algo que ver con que en mi vida profesional y el ejercicio de cargos públicos he tratado de aplicar algunas de las lecciones para el ejercicio de esta profesión que acabo de recorrer: responsabilidad, curiosidad, interdisciplinariedad, creatividad, persistencia, humanidad.

Todo lo anterior puede resumirse en un concepto: **los economistas debemos ser capaces de salir de nuestra zona de confort; en tiempos como los de Chile hoy tenemos que cuestionarnos, esforzarnos por comprender nuestro entorno, imponernos nuevos desafíos y dialogar y aprender mucho de otros para poder responder a tales desafíos.**

Esto no significa avergonzarnos de nuestra profesión o aproximarnos a las políticas públicas con culpa. Es mucho lo que hemos aportado en las últimas décadas al progreso del país, supimos administrar la abundancia y prepararnos para la escasez. Por esa razón, los economistas no debemos quedarnos callados cuando observamos riesgos y malas ideas en el debate público. Salir de nuestra zona de confort tampoco significa poner en duda o dilatar decisiones frente a situaciones de evidente emergencia económica como la que hemos vivido durante la pandemia del Covid-19. El Consejo del Banco Central ha fortalecido su prestigio en los últimos dos años justamente sobre la base de ser honesto y claro en sus opiniones, decidido y oportuno en sus acciones.

Aun así, los economistas deberíamos ser capaces de desafiarnos continuamente a nosotros mismos, someternos al escrutinio técnico y ciudadano, buscar mejores prácticas y aprender de las buenas experiencias de otras instituciones o países. Esto es algo que, en lo personal, he buscado, promovido y practicado incansablemente desde hace muchos años.

Al abogar por salir de la zona de confort de los economistas, desafiarnos continuamente e innovar, no sé si puedo reclamar haberlo hecho a toda la escala necesaria o posible. No obstante, creo que puedo decir que he sido un economista que nunca me he quedado tranquilo, y no pretendo dejar de hacerlo todavía.

Les agradezco este homenaje en nombre del inconformismo, porque me anima a seguir practicándolo y anima a otros a que lo hagan aún mejor.